



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 34. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Setiembre 1875 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXV.

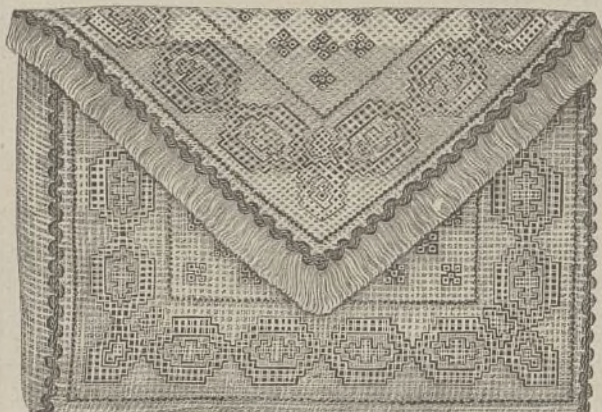
SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Palmaseda. — Sombrero de viaje. — Cofia para señora de respeto — Talma escocesa. — Fichú de crochet — Vestido de crochet para niños de 1 á 3 años. — Faja de crochet — Amiseta y calzon de punto de malla — Talma de crochet tunecino. — Cartera de cañamazo Java. — Cenefa de encaje irlandés. — Modelos de punto de aguja y crochet para capuchas y fichús. — Flores de pluma: Narciso y Matutela. — Cenefa á rayas, bordada de colores. — Cubre-cama de crochet y bordado.

Puntilla para colchas. — Modo de sacar con facilidad los patrones. — LITERATURA: A la señorita doña Inocencia Pinciro, poesia, por Jerónimo Couder. — ¡Qué me importa! poesia, por José E. de la Cuesta y Torres. — Esperanza, por Adela Sanchez Santos. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Diaz y Perez. — Espigas y amapolas, por Angela Grassi. — Ecos del mundo, por María del Pilar Sinués. — Variedades. — Secretos útiles. — Explicacion del figurin.



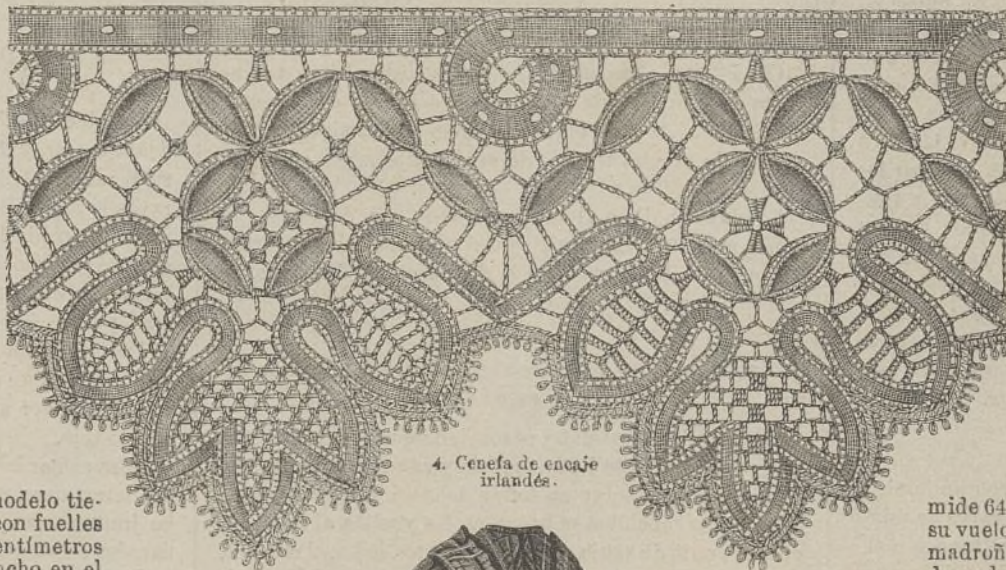
2. Sombrero de viaje para señora de respeto.



1. Cartera de cañamazo Java. (Véanse los grabados 19 y 20).



3. Cofia para señora de respeto.



4. Cenefa de encaje irlandés.



5. Talma escocesa.



6. Punto de aguja rizado y crochet para capuchas, abrigoitos de niños ó fichús.

2. SOMBRERO DE VIAJE PARA SEÑORA DE RESPETO.

El adorno consiste en un biés de terciopelo negro bordado y una echarpe de seda negra, tambien bordada, dispuesta en el costado en largas lazadas, contra las cuales se apoya un grupo de plumas de gallo.

3. COfIA PARA SEÑORA DE RESPETO.

Cintas de tafetan malva de dos tonos, de 4 1/2 centímetro ros de ancho, blonda blanca de 4 y 8 centímetros de ancho y

un grupo de flores malva componen el adorno de la cofia, cuyo fondo va cubierto de tul negro moteado.

4. CENEFA DE ENCAJE IRLANDÉS.

Se hace con dos clases de trenzilla, llenando los arabescos de calados.

5. TALMA ESCOCESA.

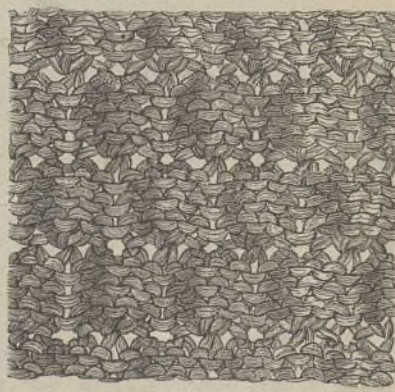
Es de tartan escocés encarnado, y mide 64 y 75 cents. de largo delante y atras, siendo su vuelo de abajo de 262 centímetros. El fleco, de madroños, tiene 8 cents. de largo. Presillas de cordón adornan la capucha, que termina con un lazo de cinta de reps y borlas en las puntas.

6 Y 7. DOS DIFERENTES DIBUJOS DE PUNTO DE AGUJA Y CROCHET PARA FICHÚS Ó CAPUCHAS.

La claridad de los grabados explica mejor de lo que nosotros pudiéramos hacerlo la ejecución de estos modelos, que sacarán fácilmente las señoras acostumbradas á esta clase de labores.

8 Á 11. VESTIDO DE CROCHET PARA NIÑO DE 1 Á 3 AÑOS.

Los grabados 8 y 9 representan por delante y por detras un vestido de lana zéfiro blanca, hecho á crochet tunecino. El plastrón ó delantal, el cuello marinero y las vueltas de las mangas son de lana encarnada. Lo primero es cor-



7. Fondo de punto de aguja para capuchas ó fichús.

tar un patron que esté bien para ajustar á él la labor; 30 puntos se montan por cada mitad del plastron ó delantal, no comprendiéndose en ellos las dos tiras del centro para los botones y los ojales, que se añaden luego. Los bordes de delante deben quedar rectos, y los crecidos y menguados que le dan forma hacerse en los bordes exteriores.

El resto del vestidito se hace por separado, lo mismo que el delantal, pero de lana blanca, siendo su vuelo total por abajo, comprendido el delantal, de 104 cents. El patron indicará todos los crecidos y menguados que deban hacerse, y terminadas todas las piezas por separado, se unen con un punto por encima, ocultando todas las costuras con una vuelta de picots blancos y otra encarnados.

12 Á 18. CUBRE-CAMA DE CROCHET BORDADO.

El fondo es á punto moscovita en lana verde de dos tonos, y la cenefa á punto tunecino con lana gris, bordada con dos tonos, claro y oscuro del mismo color, rodeados con algunas hileras caladas, para lo cual se sacan los hilos.

Los grabados 13, 14, 15, 16 y 18 dan de tamaño natural los diferentes detalles para esta linda labor, y el grabado 17 el dibujo típico para la cenefa.

Para calcular bien las dimensiones es mejor principiar por la cenefa, que mide 17 cents. de ancho, haciendo una tira de crochet tunecino de 24 puntos, dándole el ancho indicado. La parte de la cenefa ejecutada á crochet tunecino tiene 12 cents. de ancho, y va reforzada en sus dos bordes por una vuelta de puntos dobles del tono más oscuro. Viene luego la cenefa exterior, grabado 18, que es toda de lazadas, y se hace como sigue: una vuelta de puntos dobles en lana negra, seguida de una vuelta de lazadas (una brida y 2 puntos en el aire) en lana verde pálido. La vuelta siguiente se compone de escamas verde oscuro (para cada una se hacen: 3 bridas altas unidas por un punto en el aire, entre 2 bridas de la vuelta anterior). La penúltima vuelta, verde pálido, cuenta cada vez dos bridas altas, reunidas por separado entre 2 puntos. Picots (de 4 puntos en el aire y en la primera brida) verdes oscuros terminan la cenefa en su parte exterior, mientras en la interior y por fuera de la vuelta gris se hacen una vuelta negra, una verde y una negra, las tres de puntos dobles: una vuelta de puntos dobles negros rodea igualmente el fondo, que se hace por separado. Puntos dobles de seda plata amarilla unen por el revés el fondo á la cenefa. (Véase el grabado 15).

El grabado 13 muestra la ejecucion del punto moscovita, para el cual se hace: un punto doble, un punto en el aire en la lazada (para la cual se saca la hebra por debajo del punto siguiente); 3 en el aire; se saca luego una lazada al través de los 2 puntos que se hallan sobre el crochet. Segun demuestra el grabado 15, se hacen siempre 2 vueltas con la lana verde pálido, seguidas de 3 vueltas, con una hebra oscura adjunta, para ejecutar los pequeños motivos, compuestos cada uno de 1, 2 y 1 lazada, y separados cada vez por un intervalo de 4, 3 y 4 lazadas. Las dos hebras (claro y oscuro) se continúan por el revés hasta finalizar la vuelta.

El grabado 14 representa otra clase de punto moscovita que pudiera emplearse para el mismo objeto, y cuya diferencia consiste únicamente en resultar calado, porque á cada lazada sigue un punto en el aire.

19. ENAGUA DE CROCHET.

Nuestro modelo se completa por abajo con un borde ó cenefa de 20 cents. de altura, y que forma rayas de relieve por medio de 5 vueltas lisas de crochet tunecino alternando con otras 5 onduladas. El borde termina por arriba y por abajo con piquitos, compuestos cada uno de 5 puntos en el aire.

22 Á 25. CAMISETA Y CALZON DE MALLA.

Se emplean 110 gramos de algodón ú 80 de seda para la camiseta, y para el calzon 150 gramos de algodón ó 95 de seda. Es inútil advertir que este peso varía segun el grueso del hilo ó de la seda.

El grandor de las mallas está representado en los grabados 24 y 25.

La camiseta grabado 22 se empieza por el borde inferior, el cual está dividido en dos mitades para las aberturas de los costados, que tienen de 6 á 7 cents. de largo. Para cada mitad se montan 64 mallas sobre el mallero más grueso, y despues de haber hecho 9 vueltas yendo y viniendo, se reúnen ámbas mitades para continuar el trabajo en redondo durante 68 vueltas (con las 128 mallas). Para la bocamanga se divide de nuevo la labor en dos mitades iguales, haciendo sobre cada una de ellas 46 vueltas yendo y viniendo. Se hacen luego tres partes con las mallas de cada mitad, á saber: las 20 del centro para

el escote y las 22 de cada lado para el hombro. Estos se prolongan 8 vueltas más, durante las cuales la labor se continúa en línea recta al borde lateral de la bocamanga, mientras que del lado del escote se juntan al final de cada vuelta dos mallas con la tercera, de modo que no quedan al terminar más que 18 mallas para el borde del hombro, que se reúnen con una vuelta de mallas.

El escote lleva una cenefa de crochet para pasar por ella un cordon. Esta consiste en dos vueltas de pto. ds., y en medio otra calada (una brida y un punto en el aire).

La manga se empieza en las mallas mismas que terminan la bocamanga, trabajándose en redondo á la primera vuelta; se aumentan las 46 mallas que quedan con 4 mallas, haciendo 2 en las 10^{ma}, 18^{ma}, 28^{ma} y 36^{ma}. La manga tiene, sin estar comprendido el puño, 56 vueltas. Se disminuye (reuniendo 2 mallas en una) con regularidad desde la parte inferior de la bocamanga en la 3.^a y 6.^a vueltas, y luego 12 veces cada 2 vuel. Para el puño, que consta de 12 vueltas, se emplea el mallero más delgado. El borde inferior, así como las aberturas, terminan con una vuelta hecha con hilo doble.

Para el calzon se montan 120 mallas para el borde superior, se hacen 45 vueltas yendo y viniendo, luego 34 en redondo hasta empezar las piernas. Entonces se dividen las mallas en dos mitades iguales, pero de modo que la abertura quede en la parte de delante del calzon.

Se ejecutan en redondo y con 62 mallas las piernas, y se hacen 52 vueltas hasta la rodilla. En las 60 vueltas siguientes se empieza á menguar á cada 2.^a vuelta, hasta que queden reducidas las mallas á 32, terminando el borde con un puño igual al que adorna las mangas de la camiseta.

Se completa la parte superior del centro de atras con 9 vueltas, igualmente graduadas de ambos lados, al final de las cuales se dejan de 6 á 7 mallas sobre el mallero, de modo que la última vuelta solo tiene 20 mallas. Los bordes exteriores se rodean con una vuelta hecha con hilo doble, y la cenefa de crochet de la camiseta se repite en la cintura del calzon.

26 Á 30. FLORES DE PLUMA: NARCISO Y MATURELA.

26 á 28. *Narciso hecho con plumas de oca.*— Cinco ó seis filamentos de plumas, sujetos alrededor de un alambre con una hebra de seda humedecida de goma y sumergida en el polvo de plumas verdes, forman el pistilo de la flor. Se empieza rodeándolo con 6 pétalos amarillos, cortados como indica el grab. 28, bombeados hacia dentro, y que se orillan con un pequeño borde encarnado rubí. El grab. 28 representa el círculo de pétalos exteriores. El tronco, de alambre, se viste de papel verde.

30 y 31. *Maturela hecha con pluma de gallo de Indias.*— Cada flor se compone de 5 pétalos como el que representa el grab. 30. Los troncos de los pétalos están vestidos de papel de seda blanco; se fijan á ellos algunos filamentos de plumas teñidas de verde, sujetos con papel de seda verde.

Se pinta un disco violeta sobre cada una de las flores (véase grab. 30). El follaje es verde pálido, de la forma del que ostenta el grab. 29 y de todas las dimensiones que se quiera.

31. FONDO DE CROCHET TUNECINO PARA TALMAS Y FICHÚS.

El grabado, de tamaño natural, demuestra claramente la ejecucion de este lindo modelo y cómo se van haciendo las conchitas sobre un fondo de crochet tunecino sencillo. Estas conchitas se hacen en las vueltas al ir: como para el punto de aguja, se montan 9 pto. sobre el crochet, se saca la hebra por todos á la vez, y se forma la conchita cerrándola con un punto en el aire. Esta última queda sobre el crochet para hacerse como un punto en la vuelta siguiente: esto es, al volver.

32. CENEFA Á RAYAS, BORDADA DE COLORES, PARA ADORNAR MUEBLES.

Pueden adornarse con esta preciosa cenefa todos los muebles de una habitacion.

El fondo consiste en tres rayas formadas por tres trenchillas anchas, azul, encarnada y blanca, seguidas, y luego repetidas. Los puntos de espiga que las sujetan son amarillos para las rayas azules, blancos, negros y azules. Los puntos largos son encarnados, blancos y amarillos sobre el azul; sobre el encarnado, con redondeles blancos festonados de negro, son amarillos, azules negros y blancos; sobre el blanco, encarnados, azules y verdes. Las dos rayas de trenchilla que se tocan son verdes y amarillas, sujetas con puntos de espiga amarillos, negros y blancos. Los puntos largos para la trenchilla verde, son negros, dos tonos lila y blanco; y negro y blanco sobre la

trenchilla amarilla. Los redondeles de paño encarnado van festonados con blanco.

33 Á 35. TALMA DE CROCHET.

Este útil abrigo para las frescas tardes de Otoño, tiene 47 cents. de largo, sin la cenefa, por 196 cents. de vuelo de abajo, y está hecho con lana chiné gris y blanco. El fondo es á crochet tunecino comun, y la cenefa y el cuello á punto de lazada trabajado sobre un molde, y de lana color moda con una raya blanca y negra en el centro.

El talma se empieza por el borde inferior con 275 puntos muy flojos, sobre los cuales se ejecutan los 11 picos que muestra nuestro modelo.

Por lo demás, se corta un patron que esté bien, y á él se van ajustando los menguados y crecidos. El grab. 35 representa de tamaño natural la cenefa de lazadas vista por el revés.

36. CENEFA ANUDADA.

Esta sencillísima cenefa produce el mejor efecto, y es muy propia para adornar trajes de niños.

37 Y 38. FICHÚ DE CROCHET.

El grabado 38 representa de tamaño natural el punto estrella y el modo de ejecutarlo al biés. Segun se ve en el grabado, se reúnen 4 lazadas sobre el crochet, á través de las cuales se saca la última lazada que ha servido para terminar la estrella precedente. El modelo consta de 60 vueltas hasta llegar á la punta, y está orillado con una vuelta de pto. ds. y otra de picos. Se pliega el fichú por atras en el escote, sujetando los pliegues con un boton y presillas, y se le guarnece todo alrededor con un fleco de madroños.

39 Y 40. FONDOS DE PUNTO DE AGUJA Y MALLA PARA FICHÚS, CAPUCHAS, ETC.

El grab. 39 muestra un fondo de punto de aguja muy fácil y muy lindo, cuyo trabajo no necesita explicacion, y mucho menos la necesita el de malla representado en el grab. 40.

41. PUNTILLA DE PUNTO DE AGUJA PARA COLCHAS.

Puede destinarse igualmente para guarnecer cortinas, dándole sumo realce el que esté hecha, como se ve perfectamente en el grabado, con dos clases distintas de algodón.

JOAQUINA BALMASEDA.

MODO DE SACAR CON FACILIDAD

LOS PATRONES.

Se colocará sobre una mesa el patron ó modelo que se desea cortar, y debajo de este un papel blanco ó de periódico. Hecho esto, se pasa por encima de los signos ó rayas la ruedecita de una rodaja, la cual al pasar va dejando marcada la figura por medio de puntos. Cortado que sea, se colocará sobre el modelo para ver si está conforme con el original, y si así fuese, se le pondrán las letras, puntos ó estrellas que tenga la figura.

Despues de cortadas todas las piezas correspondientes á la prenda que desean, es mejor armarla con el mismo papel para ver si gusta y está bien ántes de echar á perder la tela.

Para armar las piezas, se van uniendo por medio de las letras que sean iguales; supongamos: si hay dos A se juntan unas con otras, lo mismo que si hay otras iguales se empalmarán B con B, C con C, etc.

Recomendamos tambien que ántes de cortar los modelos ó patrones se enteren bien de las explicaciones de talladas que se dan en el periódico, porque de este modo les será más fácil y los cortarán con mayor perfeccion.

Debemos además advertirlas que siempre deben dejar tela de más para las costuras, y que jamás se debe cortar por las rayitas (-----) pues estas indican que el patron está doblado, y por lo tanto se coloca sobre ella la tela doblada y al hilo. Las mismas rayitas (-----) indican cuando el patron está en dos ó tres dobleces. Lo más seguro es cortar primero las partes dobladas y añadirlas luego á la pieza principal.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.

A LA SRTA. D.^a INOCENCIA PIÑEIRO

Una jóven gallarda,
Discreta y fina,
Me dice le componga
Una poesía:
Grande es mi pena,
Pues no tengo la dicha
De ser poeta.

Y el caso es que no puedo
Negarle nada;
Ejerce en mí un imperio
Que me avasalla.
Ya, desde niña,
Cuál un padre amoroso
Yo la quería.

¿Y qué decirle puedo
Que digno sea
Del talento y donaire
De Inocencia?
Nada, por cierto,
Lo creo un imposible
Para mí al ménos.

Si fuese un Garcilaso,
Lope de Vega,
O Tirso de Molina
O un Espronceda,
En dulces versos
Con gusto cumpliría
Ya su precepto.

Pero es un don divino
La poesía:
Nace con la persona
Y se cultiva;
Es flor preciosa,
De verdor permanente,
Siempre olorosa.

Mas si Apolo no quiso
Tal gracia hacerme,
En cambio me permite
Entretenerme
En rimar prosa,
Que es lo que estoy haciendo,
Y no otra cosa.

Y así, chistosa niña,
Recibe en gracia
Estas mis seguidillas
Desaliñadas,
Pero nacidas
Del más puro cariño
Del alma mía.

Y si, como es posible,
Al recibirlas,
Estuviese á tu lado
Tu bella amiga,
Hazle presente
Que su galante frase
Está en mi mente;

Y que si el hado adverso
Ha consentido
Que yo viniese al mundo
Há casi un siglo, (1.)
Cosa es sabida
Que el corazon es jóven
Mientras palpita;

Que con él le agradezco
Su improvisada
Lisonjera ocurrencia
Al ver mi estampa;
Pues nunca he sido

(1) Ochenta y tres años, tres meses y dos días.

Ingrato á los favores
Que he recibido.

Y si, por dicha mía,
Puedo agradarte,
Tu recompensa espero
No me dilates:
Sólo pretendo
No te olvides, hermosa,
Del pobre viejo:

No dudo que así lo hagas,
Que eres muy buena,
Tu semblante apacible
Bien lo demuestra;
Que es el espejo
Donde el alma refleja
Sus sentimientos.

Adios, pues, Inocencia,
Y el cielo pío
Disponga que te toque
Para marido
Un hombre honrado,
De costumbres severas,
Morijerado,
Y que conozca
Y aprecie en lo que vale
Su linda esposa.

Adios, vuelvo á decirte,
Con él te queda,
Y permita que un día
A verte vuelva,
Jóven virtuosa,
De tus padres y esposo
Preciada joya.

JERÓNIMO COUDER.

Madrid, 25 de Agosto 1875.

¡QUÉ ME IMPORTA!

Ya no miro las trémulas estrellas
que vagan por el cielo,
ni del pálido astro de la noche
los tímidos reflejos.

Ya no escucho del aura mensajera
los plácenros ecos,
ni del ave canora de los bosques
el melodioso acento.

Ya no miro las flores con que al prado
vistió el Abril risueño,
ni acarician mi frente fatigada
los perfumados céfiros.

Ya nada para mí tiene el encanto
que tuvo en otro tiempo,
que vivo en las tinieblas de la noche
del desengaño envuelto.

Qué me importa la luz de las estrellas
ni de la brisa el eco,
ni el trinar de las aves en el bosque
ni el perfumado céfiro.

Qué me importa del astro misterioso
el resplandor sereno,
si el pobre corazon está entregado
al más duro tormento;

Si me falta la luz de aquellos ojos
de mi vida el secreto,
si no escucho su voz armoniosa,
si no bebo su aliento.

¡Qué me importan las dichas de la tierra
ni las glorias del cielo
si no me quiere ya, si me ha olvidado
y por ella me muero!

JOSÉ E. DE LA CUESTA Y TORRES.

ESPERANZA.

(Conclusion).

Todos mis esfuerzos se estrellaban, sin embargo, contra una barrera insuperable; el influjo de mi encarnizado enemigo que detenía cuantas propuestas hacían para colocarme. Por nuestra suerte, y es la primera vez que del mal de otro me he alegrado, el anciano implacable á quien no habia yo podido matar, por razon de su avanzada

edad, fué por Dios llamado á su justo tribunal; y murió dejándonos libres de su odio feroz. En seguida logré el anhelado destino, que aunque modesto, nos permitía vivir con desahogo. Seis meses lo desempeñé con placer, porque el trabajo tenia un encanto completamente nuevo para mí y me proporcionaba una existencia llena de tranquilidad; pero cumplido este tiempo y merced á uno de esos bruscos cambios de la política, tan comunes en nuestra patria, me dejaron cesante, cuando mi esposa acababa de dar á luz nuestro segundo hijo. Quedamos en situacion más apurada que nunca; no me abatí, sin embargo; mi esposa me habia probado que Dios nunca nos abandonaba, y esperaba, seguro de que al fin nos tenderia su mano protectora.

Subsistimos algunos meses vendiendo cuanto poseíamos; pero bien pronto no tuvimos que vender, y esta bohordilla fué nuestro refugio. Busqué hasta el trabajo corporal; en los talleres no me admitían porque no sabia ningun oficio; hasta en las obras me rechazaban, no querian á un señorito delicado para llevar espuelas de tierra. ¡Oh! sin la resignacion que esa santa ha sabido introducir en mi alma, el crimen me hubiera abierto sus brazos! Ella, Esperanza, tuvo hambre, mi hija pidió pan, y salí como un loco á pedir una limosna, cuando para nuestro consuelo la puso á V. Dios ante mi paso.

Ahora bien, señora, ¿no le parece á V. que todas las mujeres debian seguir el ejemplo de mi Esperanza? Si ella hubiera respondido con los celos y el rencor á mi censurable extravío, nuestra division hubiera sido cada vez más profunda, y obcecado como estaba, hubiera desconocido sus virtudes y odiado á la madre de mis hijos; pero fué al contrario, y con su dulzura me sedujo; con su cariño me atrajo; con su resignacion me hizo admirar su bondad; con su verdadero talento despertó mi corazon de su fatal sueño y quitó la venda de mis ojos, haciéndome amar el bien, adorarla á ella.

Mi gratitud hacia Esperanza es inmensa, porque ella ha apartado de mi paso los escollos de la vida; me ha animado en los supremos momentos; ha dotado mi alma de la consoladora virtud de la esperanza; me ha enseñado á creer y confiar en Dios; me ha hecho feliz, pues la fé religiosa dá la ventura, y yo que cuando me casé era escéptico, soy hace tiempo fervientísimo creyente, debiendo á esto el no haber sentido mil veces la desesperacion. ¿Puede haber triunfo más noble, más legítimo que el de esta mujer sublime que ha cambiado por completo mis sentimientos, mi modo de sér, en fin, y que me ha hecho amar la virtud á fuerza de pintármela bella y mostrarme su camino? No es posible. Sigán todas tan noble ejemplo, y evitarán á la sociedad muchos males, infinitos dolores á la humanidad.

Luis se detuvo fatigado. La noble señora fijó su mirada llena de admiracion en Esperanza, que bajaba la suya ruborosa.

—¡Oh! tiene V. razon,—exclamó,—es un ejemplo sublime de todas las virtudes cristianas; ella debe ser muy feliz con esos bellos sentimientos, con tan santas ideas. Reciba V., Esperanza, con la expresion de mi entusiasta admiracion mi sincero afecto. Su relato, amigo mio, me ha hecho llorar, me ha afectado, pues comprendo lo que habrá sufrido; pero al mismo tiempo ha llenado mi alma de ventura, porque he adquirido la consoladora conviccion de que aun hay ángeles sobre la tierra.

—Por Dios, señora,—murmuró Esperanza,—no haga V. caso de las exageraciones de Luis, su cariño le disculpa; toda esa conversion es tan solo debida á su noble indole.

—Su modestia, Esperanza,—repuso sonriendo,—solo sirve para realzar más sus virtudes y demostrarme que las tiene todas.

—Céese, por Dios, este himno interminable de alabanzas, que me confunden.

—Cesan por hoy, porque la noche avanza y tiene usted necesidad de descansar. Doy á V. las gracias por el trabajo que se ha tomado y por el buen rato que me ha hecho pasar al oír el relato de la noble conducta de Esperanza, y me despido hasta mañana. Vendré temprano á decirles cuándo podrán trasladarse á la morada que desde hoy les pertenece como empleado de mi casa.

Luis lanzó una exclamacion de sorpresa.

—¡Oh!—exclamó,—esa seria la suprema felicidad; deje usted que de rodillas le dé gracias; que con toda el alma la bendiga.

—Nada de gracias,—repuso la dama, evitando que hiciera lo primero,—al proteger á Vds. cumplo un deber y satisfago un vehementísimo deseo. Dígame V. su nombre, porque ántes de venir tendré el gusto de mandarles algunas ropas como un recuerdo.

Los ojos de Esperanza y de Luis se humedecieron al oír aquel delicado modo de remediar su miseria.

—Mi nombre es Luis Vazquez de Cossio, señora,—dijo él.

nduci
oy que
extraña
protec-
rtir de
frases
fi*, de
os, for-
oble y

ino

resa
don
spa-
azos
ge-
n; s;
pro-
omo
y ha
asta
e es
se-
tico
que
se-
quí
l de
e le
ien.
Me-
a la
odo
ujo
vic-
an-
pre-
era
al
nte
ex-
tos
lad
mo
ue



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2^a II Madrid

reia, cuando
nuevo la cop
— ¡Parece
— ¡Porque
— Puede ser
— No, ami

ros. En este
un gastrónom
presentado a
gusta porqu
llo, como b
todo cuanto
los sentido

Meneses
contenerse
clamó:

— ¡De mo
para V. es b
acarabajo ó
tuga, si uno
animal con
agradar á su

— Si señor
qué es la bel
tonces?

— La bell
ñor Scott, es
propiamente
te, salud de
siones, encan

mente, asp
del corazon
de la virtud
definido de
neras, y ning

finición de e
tan simple y
dial como
bien y la ve
plegándose a

que la belle
lidad donde
entrañas de
inocente de

Só: rates l
de Aténas q



24. Grande
puntos de m
los grabados

son semejan
cisada la b
del sentimi
conocer y
voluntad.

pate: te cua
jeto, ya s
mármol, y
timiento qu
la belleza a
mos la belle
timiento y
cualquiera,
ó ya la ind
na, melanc
cible noche
los elemen
rayo. Si su
metiéndose
nuestra lin



reía, cuando Meneses, tan susceptible como siempre, llenaba de nuevo la copa y le decía:

— ¡Parece que le ha gustado á V. mi cara!

— ¡Porque me río!

— Puede ser.

— No, amigo mio: me río del juego que hacen estos candelabros. En este está un trovador tocando la vihuela; en el otro un gastrónomo comiéndose un ramo de plátanos. El arte ha presentado aquí un epigrama. La realidad y lo fantástico. Me gusta porque es bello, como bello es todo cuanto agrada á los sentidos.

Meneses no pudo contenerse y exclamó:

— ¡De modo que para V. es bello un escarabajo ó una tortuga, si uno y otro animal consiguen agrada á sus ojos?

— Sí señor. ¡Pues qué es la belleza entonces?

— La belleza, señor Scott, es asunto propiamente del arte, salud de las pasiones, encanto de la mente, aspiración del corazón y agrado de la virtud: se ha definido de mil maneras, y ninguna definición de esta idea, tan simple y primordial como las del bien y la verdad, satisface completamente. porque las definiciones, plegándose á las exigencias lógicas, se dirigen á la cabeza, mientras que la belleza, cuando queremos sorprenderla en medio de la realidad donde brilla tan inmortal, se oculta en el corazón y en las entrañas de nuestro ser, como se oculta la dicha en la esperanza inocente del amor primero á las sonrisas matinales de la vida.

Sórates la est mó absoluta, y demostraba á los artistas y filósofos de Atenas que la belleza de una mujer, de un edificio y de un vaso, eran una misma cosa. Platon, como el reflejo, "el esplendor de lo verdadero," bella fórmula aplicable al orden moral; Aristóteles, como el ritmo, la armonía entre las partes; Rafael decía: "la pintura debe hacer las cosas, no como son en la naturaleza, sino como deban ser." Noción tan bien sentida por los estéticos alemanes, como la dejan ver en sus últimas definiciones de "el acuerdo entre lo real y el ideal," "del finito y del infinito," "la semejanza á Dios en lo finito," que todas responden á aquel sentido. Mas como también la verdad, y sobre todo el bien,

son semejanza á Dios en lo finito, no veo tan precisada la belleza, que es para mí la *coordinación del sentimiento y el Objeto*, como la verdad es la del conocer y el Objeto y el bien la de Aquél con la voluntad. Y así, Sr. Scott, la belleza la encuentro patente cuando el artista tiene en su mano el objeto, ya sea el lienzo, la paleta ó el trozo de mármol, y ordena sus partes y accidentes al sentimiento que trata de expresar, transparentando así la belleza activa: y recíprocamente, cuando sentimos la belleza respectiva, amoldando nuestro sentimiento y concertándolo al unísono de un objeto cualquiera, ya sea brotado de manos del artifice, ó ya la indefinible naturaleza, percibiéndola serena, melancólica y augusta en la soledad de la apacible noche, ó al tremendo desgaje y confusión de los elementos, á la luz del perpetuo reiterar del rayo. Si subordinamos el sentimiento al objeto sometidoselo, apareciendo este todo lo grandioso, nuestra limitación se estrecha del sublime, y si al

contrario, es el objeto el subordinado, degenera en lo mezquino la obra artística. Es más: si el artista se propone sorprender al asesino blandiendo el agudo puñal y aun hasta fijar las trivialidades del más insignificante objeto, logrando la perfecta imitación del modelo, ya arranque de la imaginación, ya del mundo efectivo, su obra será una hija legítima del arte bello.

Cuando Scott oyó estas palabras, comprendió al momento que se las entendía con un hombre ilustrado á quien él no podía seguir, así fué que no le dejó continuar, conformándose con sonreírse diciendo:

— ¡Oh!... yo no iba tan lejos, Sr. Meneses, me contentaba con celebrar esos candelabros, que me agradaban.

— Y que tanto han encantado á V., añadí yo.

— No tanto como las palabras del señor Meneses, me replicó Scott.

Entretanto continuábamos comiendo y bebiendo á nuestro placer.

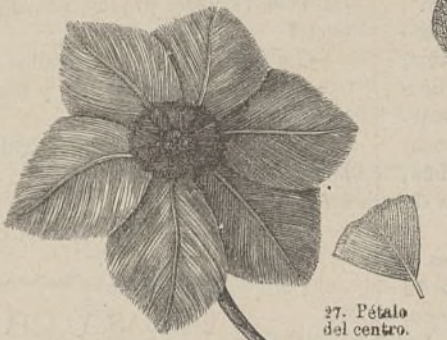
A las once nos fuimos al Suizo á tomar café.

No sé qué parecen los cafés de provincia cuando se sale de Madrid después de veinte años pasados en La Iberia, El Suizo, El Oriental y

Fornos. La animación de estos centros donde se dan cita diariamente todo lo mejor de las clases que viven en la corte; el servicio tan escogido como variado; el gas que ilumina claramente, multiplicando sus rayos los espejos de aquellos interminables salones; aquel bullir de gentes que salen y entran, se empujan y se saludan, se preguntan "qué hay de bueno," y se marchan á dormir á las tres de la mañana, después de haber arreglado el país entre cafés y tostadas con manteca; esa animación hija de la disipación en que se vive en los grandes centros, no la hay, porque no puede haberla, en las capitales de provincia, y menos aun en las capitales de tercer orden. Entrar en el Suizo de Badajoz es condenarse uno al silencio, y si juegan en él al dominó es desesperarse entre las voces de "el cuatro doble," "el cinco tres," y "el dos seis;" pero todavía es peor tomar café á las seis de la tarde, cuando está el salón casi á oscuras: entonces parece que se está en una iglesia esperando que enciendan las velas para rezar el rosario.

Pero no hay más remedio; así debe suceder. Lo que sucede en Madrid ha de faltar necesariamente á las provincias. Madrid es el corazón que vive de la sangre que roba á los demás pueblos.

Haciendo estas mismas consideraciones iba yo entrando por el Suizo de Badajoz, cuando un amigo nos estrechaba entre sus brazos. Era D. Pedro Barrantes, un niño de cuarenta y ocho años, con el pelo casi cano, usando melenas, bigote enroscado y lentes á lo Quevedo. No hay para qué decir ya que es un poeta nuestro amigo, un poeta que no hace versos para publicar en los periódicos, ni para coleccionar en tomos, sino un poeta de imaginación tan fecunda que habla en verso, sueña constantemente con poemas y cada día escribe un drama. No le preguntéis si guarda algo de lo que compone: él escribe comiendo, á caballo, en el paseo, en la cocina, en el campo, en todas partes el lápiz corre con su pensamiento, y se olvida por la noche de lo que hace al levantarse. Su imaginación no tiene reminiscencias. Es el hombre del instante. Tiene

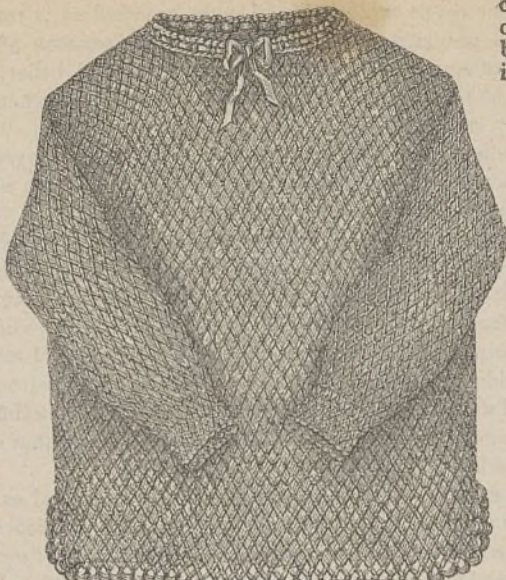


27. Pétalo del centro.

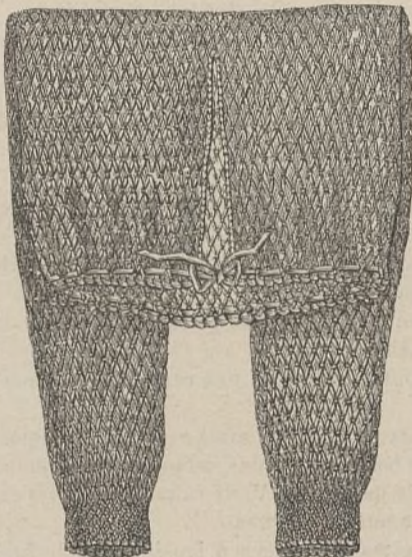


28. Flores de pluma. Narciso.

23. Pétalo exterior.



22. Camiseta de malla. (Véanse los grabados 22 á 24).



21. Calzon de malla. (Véase los grabados 21 á 24).

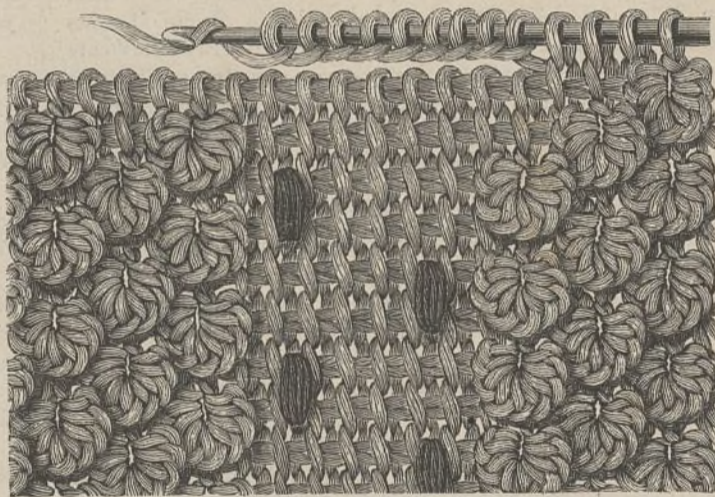


29. Flores de pluma. Matutella.

30. Pétalo de la flor.



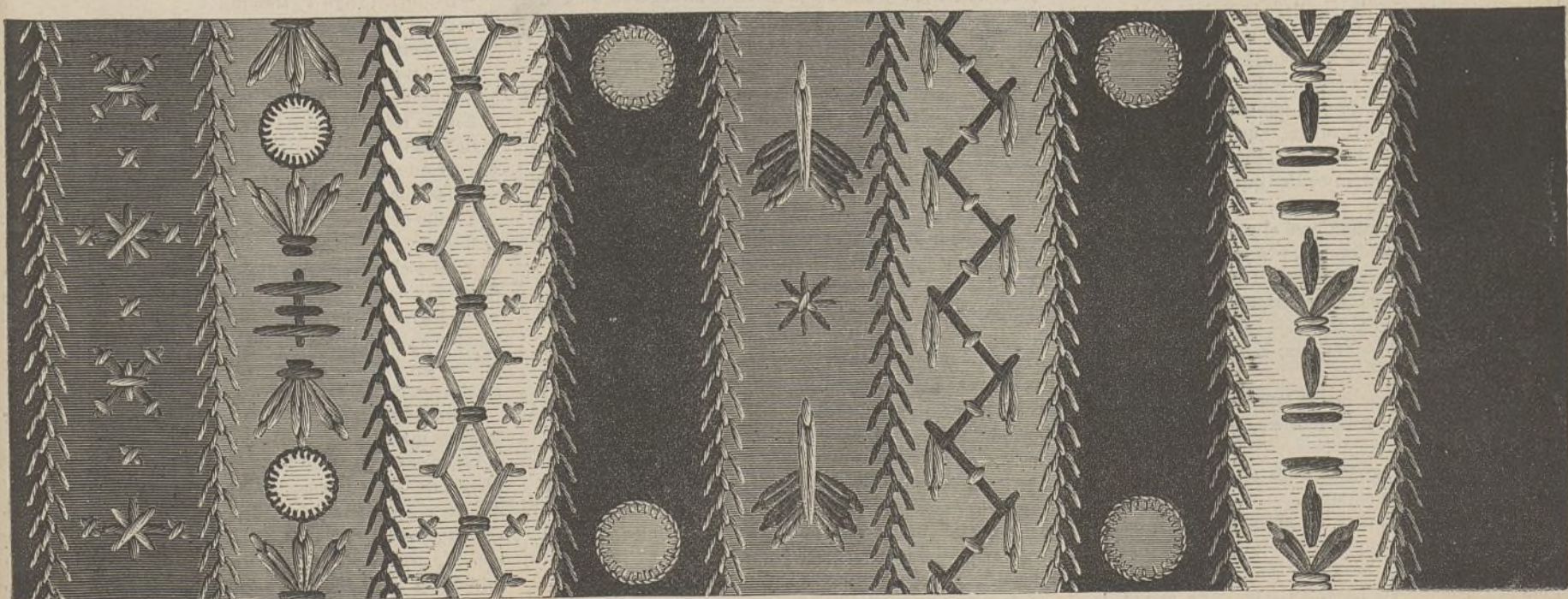
24. Grandor de los puntos de malla para los grabados 22 y 23.



31. Fondo de crochet tunecino para talmas, fúchs, capuchas, etc.



25. Grandor del punto de malla para los puños de las mangas y los calzones grabados 22 y 23.



32. Cenefa á rayas, bordada con colores, para adornar muebles.

La cabeza de un pájaro, el corazón de un niño y las acciones de un noble del siglo XV. Yo lo quiero más que a un hermano. Cuando estoy junto a él no sé si vivo o si sueño, porque sus cosas hacen olvidarme hasta de sí existo. Yo, contento como chicas en Páscua, me cogí del brazo de Barrantes y le obligué a que no nos abandonase. Y todos cuatro nos sentamos a tomar café y después copas de coñac.

Barrantes, siempre distraído, pensando en hablar en verso, quería improvisar a Scott, mientras Meneses y yo hablamos de política. Scott me decía por lo bajo:

—Me parece que el amigo de V. está loco.

—Es posible, porque los poetas siempre lo están. Aquí como en Inglaterra el tipo de Byron es el poeta verdadero. Barrantes ha equivocado su camino. En vez de haberse dedicado a gastar dinero y pasar la vida del propietario de aldea, debió haber cultivado las letras y vivir en Madrid, donde el genio tiene un ancho horizonte para extender por él sus inquietas alas. No lo hizo así, y aquí está, sin extinguírsele sus fuegos poéticos, pareciendo un loco, porque no vive sino en las regiones ideales. Y es por lo que le quiero más. Porque yo quiero a mis amigos con todos sus defectos. A Carlos Rubio siempre entonado por el maldito aguardiente, a Meneses tan irascible y batallador, a Barrantes tan dado a los malos versos, los quiero más que si el primero hubiese sido un hombre atemperado a las buenas costumbres, más que si el segundo fuera poco comunicativo y no se permitiera ciertas expansiones y más que si el tercero fuese un buen poeta, porque entonces eran tres vulgaridades y no tres genios como son y como deben ser, porque el hombre no es más que lo que debe ser.

Y hablando así habíamos apurado la tercer botella. Scott tenía sueño y yo no menos que él. Debíamos dejar el café porque eran las doce y media, hora en que todos duermen. Nos despedimos de los amigos y salimos juntos hasta la puerta. En la plaza de San Juan, junto a las escalinatas de la Catedral, se acercó a nosotros un granujilla pidiéndonos limosna. Le reconocí por la voz. Metí la mano al bolsillo del chaleco y le di una peseta. Scott me preguntó:

—Parece que conoce V. a ese chiquillo?

—Es hijo de un amigo mío, que me servía de escudero en las cacerías que hice por este país. Entonces no había nacido ese chico, llamado el *sapo*, a quien acabo de socorrer.

Llegamos por fin a la fonda, y nos encontramos con que estaba la puerta cerrada. Llamamos varias veces con la aldaba inútilmente, porque nadie respondía. Vino por fin el sereno, dió tres golpes con la contera de su chuzo, y a muy poco subimos a nuestro cuarto dispuestos a dormir.

Cuando entrábamos en la cama Scott me preguntaba: —¿Por qué le llaman el *sapo* al hijo de su antiguo escudero?

—Este apodo tiene una historia curiosa que voy a referir a V. Hace poco más de catorce años, el 10 de Diciembre de 1859, un labrador de La-Albuera, pequeña villa, distante de aquí unas cuatro leguas, al pasar una tarde junto a un campo de trigo que había comprado, creyó oír un ruido ronco y extraño que parecía salir de bajo de tierra.

Inclinóse y aplicó el oído al suelo, pero el ruido había cesado. Marchó al pueblo y avisó a los vecinos, y acompañado de algunos de éstos, volvió al mismo sitio aquella noche.

Un minuto después de su llegada volvió a oírse el mismo ruido ronco y quejumbroso a la vez. Los asistentes se miraron unos a otros a la claridad de la luna, sintiendo impulsos de echar a correr cada cual por su lado.

Sin embargo, a excitación de uno de ellos, un viejo soldado llamado Felipe Vazquez, que había estado al mando de Castaño en la batalla del pueblo, se decidió a explorar la tierra con instrumentos que había traído al efecto.

Al primer golpe de azadon cesó el ruido. Continuó cavando, y cinco minutos después, y a la profundidad de medio pie, apareció un ataud cubierto de humedad, y cuya vista hizo retroceder a los circunstantes llenos de espanto. El ruido salía del ataud.

—Veamos, dijo el viejo Vazquez; la ocasión no es para andarse en rodeos.

Y de tres golpes hizo saltar la tapa del ataud, descubriendo un cadáver en completo estado de descomposición.

En aquel momento volvió a oírse el mismo ruido, y las ropas del cadáver se agitaron.

Algunos de los asistentes se sintieron indispuestos; pero el viejo soldado, aunque sudando la gota gorda, levantó resueltamente el lienzo que cubría al difunto.

Sobre el pecho de éste había un sapo, que al ver la luz huyó a esconderse en el fondo del ataud.

Entonces se explicó todo. Con la extraordinaria resistencia propia de estos animales, que permanecen años enteros en el centro de una roca sin comer ni beber, el sapo había vivido dentro del féretro desde el momento de ser enterrado éste.

Dado aviso a la autoridad, se procedió a hacer averiguaciones, resultando que el cadáver tenía el cráneo roto a martillazos. Tratábase, pues, de un asesinato.

La víctima era una mujer llamada Margarita Sancho, y las sospechas del crimen recayeron sobre un individuo que había desaparecido de Badajoz, hombre de mala fama, que unas veces trabajaba en el campo y otras se dedicaba a cazar y a pescar ranas. Es de presumir que el sapo recogido por equivocación con la pesca del día, saltó al ataud mientras el asesino depositaba en él a su víctima, bien ageno de que con ella encerraba al que había de delatarle.

Ya debe V. de suponer que el presunto criminal es el padre del que acabamos de socorrer junto al pórtico de la catedral, y al cual se le conoce con el apodo de *el sapo*, que también su pobre hijo ha heredado, como en todos los pueblos pequeños se heredan los malos nombres, pero con especialidad en este, donde conozco hombres que responden al nombre de *el rana*, *la culebrita*, *coronel*, *monje*, *el gato* y otros muchos, como algunas mujeres del pueblo que se conocen por las de *la pata gorda*, *la moño alto*, *la michela*, *la bárbara*, *la babansa*, *la serenita* y otros más raros que quizás deban su origen a aventuras como la del sapo, o algún hecho de familia que tal vez debiera ennoblecerles.

En esto Scott, incorporándose en la cama y cogiendo la palmaria entre sus manos, exclamaba:

—¿Pero no observa V.? Aquí no vamos a poder dormir esta noche.

—¿Por qué? preguntaba yo incorporándome también sobre las almohadas.

—Las pulgas saltan de una cama a otra y nos martirizarán.

—No hay cuidado con estos parásitos. Estamos en habitaciones bajas y húmedas, están todas alfombradas, y de aquí las pulgas que V. ve saltando por las cubiertas blancas de nuestras camas.

—Pero estas pulgas no son iguales a las de Inglaterra, saltan de una manera asombrosa.

—Como todas las que son parásitas del hombre. La fuerza de los insectos es portentosa en comparación de la de los animales de mayor corpulencia. Según el sabio naturalista Plateau, se manifiesta esta fuerza mayormente por el salto, vuelo, carrera, carga y aun otros medios, y su conocimiento varía enormemente el valor de esas comparaciones con que se habla de la agilidad del ciervo, el salto del león, la fuerza del elefante, el correr del caballo, etc.

Una langosta, ó saltamonte, por ejemplo, salta docientas veces la longitud de su cuerpo, y si el hombre se hallara dotado de igual potencia, haría un cuarto de milla próximamente en cada salto. Lo mismo salta una pulga, y si el caballo la imitase, atravesaría las montañas rocosas de un solo salto.

Las moscas dragones poseen alas de tal fuerza, que se les ve horas y horas tras de los insectos que persiguen para su alimento, y luego quiebran su vuelo en ángulo recto con una rapidez de que ninguna otra fuerza puede dar idea. Una de estas moscas consta en la *Entomologica magazine*, que fué recogida en el mar a 500 millas de la costa de Africa, y una abeja humilde ha seguido un tren que hacia 20 millas por hora, y aún andaba más que él porque hacia mil rodeos a cada momento.

El escarabajo saltador, cuando está vuelto de espaldas, se apoya en su espina, colocada en una cavidad posterior a la parte del torax, y salta a varias pulgadas de altura. Otros vuelan bastante rápidamente y con relación al peso y volumen de su cuerpo, su vuelo supera a los de todos los pájaros.

Lineo habla de una mariposa que de un solo vuelo recorrió más de cien millas, y el mismo naturalista dice que si el elefante tuviera en su trompa la fuerza que el escarabajo en su cuerno, podría volcar montañas enteras.

En cuanto a la carga, basta solo ver los pesos enormes que lleva una hormiga, para comprender que es el ser viviente de más resistencia.

Las pacientes observaciones de Mr. Plateau, el famoso naturalista belga, hechas con numerosos insectos y aparatos ingeniosos, ofrecen por resultado que el insecto, por regla general, puede levantar cuarenta veces su propio peso, mientras que un hombre apenas si levanta los cinco sextos, y un caballo los dos tercios a lo más del suyo, advirtiéndose que ganan en fuerza relativa los insectos conforme disminuyen en sus proporciones.

En sus saltos pueden llevar los insectos grandes una y media vez su peso, y hasta tres y cuatro veces los pequeños.

En el vuelo la mosca eleva tres veces su peso, el zángano cuatro veces más de peso que una abeja, y esta en cambio puede arrastrar 23 o 24 veces su propio peso.

Y de estas observaciones ha ido el naturalista referido a investigar el origen de tales portentosas fuerzas, ofreciéndose el siguiente problema. Si este desarrollo de fuerza lo adquieren los insectos por sus alimentos, ¿cuánto valor no tendrá para el hombre encontrar la relación de estos con la fuerza producida?... Pero, qué, duerme usted Scott?

—Le oigo con los ojos cerrados.

—Pues durmamos los dos, y hasta mañana, que podamos ver la ciudad.

Y apagamos la vela y nos envolvimos en la ropa hasta la cabeza.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuación).

La anciana se amparó ávidamente de esta idea para cohonestar su indecisión.

—¡Si! dijo, ¡es grande el sacrificio de renunciar a la hija a quien adoro!... pero lo haré... estoy pronta a todo.

Andrés fué entonces quien no pudo dominar su júbilo. —Solo pongo una condición, repuso la anciana, y esta es que se casará V. con Margarita antes de que venga la condesa, y que al pronunciar mi hija el sí de esposa, me entregará V. esta cartera.

—Sí, pero en cambio de las pruebas que V. posee, para atestiguar que una de las dos niñas es la hija del conde.

Andrés y Nicanora eran dos enemigos dignos de luchar entre sí: tenían igual disimulo, igual astucia.

Nicanora no se inmutó.

—Por supuesto, dijo con perfecta calma, solo que hay una pequeña dificultad, que no está en mi mano solventar. He confiado esos papeles a D. Silverio, el cura de Valsain, quien no los entregará más que a la condesa. A D. Silverio, en un instante de debilidad y arrepentimiento, se lo revelé todo bajo secreto de confesión, y aunque él nada puede hacer por sí, puede impedir que yo obre, si mi conducta le inspira algún recelo.

Por lo demás, yo comprendo perfectamente que V. no se fie de mí, porque quien hace una traición puede hacer otra; pero V. es sagaz y entendido. Vea V. a D. Silverio, interróguele V. con maña: D. Silverio es muy sencillo, y por sus respuestas podrá V. comprender si yo le engaño.

Estas palabras fueron dichas con tanta humildad y candidez, que Andrés casi se avergonzó de haber dudado de ella.

—El pacto está hecho, dijo levantándose, recabe V. de su hija que sea cuanto antes mi esposa, y la entregaré a usted la cartera. Pero, ¿nada me ha dicho V. sobre la supuesta muerte del conde?

Nicanora perdió de repente la sangre fría que tanto se esforzaba en aparentar.

—¡Calle V! exclamó fuera de sí, ¡basta, basta por hoy de confesiones!

—Una sola palabra puede servir de estorbo a nuestros planes.

—¡No, no! ¡Vaya V. tranquilo!

—¡Está bien! Amigos y aliados, ¿no es verdad?

—Sinceramente, al menos por mi parte.

Y Nicanora se sonrió con una expresión indefinible, presentando a Andrés su mano seca y descarnada.

Este la estrechó entre las suyas, haciendo un involuntario gesto de repulsión, como aquel que se ve precisado a tocar un reptil inmundado.

—Hasta mañana, pues, madre mía, dijo sonriendo.

Y salió del cuarto de puntillas y con aire alegre y satisfecho.

Apenas el astuto preceptor hubo vuelto la espalda, la fisonomía casi riente de la anciana se contrajo de un modo horrible, y se puso a escuchar con atención el ruido de sus pasos, que iba perdiéndose a lo lejos.

No bien dejó de oírlo, se arrojó del lecho, y se abalanzó a la puerta. ¡Escuchó otra vez!...

Andrés entró en su habitación, y corrió el cerrojo por la parte interior.

La anciana aguardó todavía algunos momentos, temblando de frío y de emoción. Cuando se hubo cerciorado de que no podía ser descubierta, se dirigió a un cofre enorme que estaba junto a la cama. Puso la lámpara encima de una silla, y echando de vez en cuando furtivas miradas a la puerta, le abrió, registrándole con mano temblorosa.

Sacó primero un abultado talego, lo tentó dos ó tres

veces con aire satisfecho, y lo colocó cuidadosamente en el suelo.

Pero luego lo volvió á tomar, lo entreabrió un poco, y arrojando la luz, contempló con embeleso el dorado metal, que despedía los más brillantes reflejos.

—¡Eh! ¡eh! dijo sonriendo, ¡nadie en el pueblo me cree poseedora de tanto oro! ¡Si lo supiesen mis vecinas, que siempre me motejan porque hago trabajar demasiado á Margarita! Si lo supiese el señor cura, que siempre me dice:—Nicanora, eso no está bien: ¡permitir que la una agote sus fuerzas trabajando mientras la otra brilla en el mundo, es una crueldad, y Dios te lo tendrá en cuenta!... Pero D. Silverio no sabe que todo esto no es para mí, que es para ella, y que Dios perdona á las madres que todo lo sacrifican al bien-estar de sus hijos!

La anciana se detuvo, fijó sus ojos en una imagen de la Virgen que estaba encima de la mesa, y prosiguió en voz baja:

—¡Cómo me mira! ¡He dicho una blasfemia! ¡Por ventura, Dios, que es justo y misericordioso, puede proteger la infamia y la injusticia?

¡Tengo miedo! ¡Por qué está aquí esa sagrada imagen? ¿Quién la ha traído? ¡Margarita!... ¡Siempre ella!...

Levantóse precipitadamente, y cogiendo un pañuelo, lo echó sobre la venerable efigie, para ocultarla á su vista.

Luego volvió á sentarse.

—¡Insensata! murmuró al cabo de algunos instantes, ¡como si pudiese oscurecer sus ojos inmortales! ¡Aunque está tapada, siento que me mira! ¡Concluyamos!

Colocó de nuevo el talego en el sitio que antes ocupaba, y sacó un paquete atado con una cinta negra. Desatólo atropelladamente, y varios manuscritos cubrieron el suelo.

—¡Dios me ha dado fuerzas! dijo contemplándolos. ¡No sé cómo he podido sobreponerme á mi espanto, á mi confusión, y no venderme á mí misma. Pero no, ¡he tenido fuerzas! ¡Dios me ha protegido!

¡Dios! añadió horrorizada, ¡Dios! ¡Siempre está su santo nombre en mis labios! ¡siempre, y á pesar mío, en mi pensamiento! ¡No es Dios, no, es el espíritu del mal el que me auxilia y me da fuerzas para todo!

¡Sea como se quiera, ese hombre nada sabe, puedo luchar todavía!

Y á la escasa luz de la lámpara, fué registrando uno por uno todos aquellos papeles, poniendo aparte los que no se acomodaban á su idea.

—¡Y el medallón? exclamó de pronto, ese fatal medallón que nunca me he sentido con valor para quitarla. ¡Es que tenía pereza! añadió con una triste sonrisa, ¡pereza de sufrir lo que estoy sufriendo!

¡Y no obstante, ahora es preciso, indispensable!

Cogió la lámpara y salió del cuarto, cerrando la puerta con llave.

¡Quién la hubiese visto andando por el pasillo, pálida y vacilante, hubiera creído en los espectros de las antiguas leyendas!

Llegó al aposento en donde dormía tranquilamente Margarita, y se detuvo en el umbral.

Cuatro sillas rústicas, una mesa de madera y un armario, formaban todo su ajuar; pero ocultaban el lecho unas cortinas de incomparable blancura, y un ramo de flores colocado en un vaso de cristal, difundía su suavísimo perfume. Suspendida de la pared se veía una jaula, en donde dormía un pajarillo, y junto á la ventana un bastidor, en el cual había un bordado primoroso.

Todo revelaba allí los apacibles gustos de un alma joven y poética, y la anciana se detuvo con esa mezcla de ternura y de respeto que experimentamos al entrar en un santuario.

Pero el instante era decisivo y necesitaba obrar.

Puso la lámpara sobre la mesa, y apartó las cortinas.

Á la cabecera del lecho de Margarita pendía un crucifijo.

Nicanora, presa de un pánico terror al verle, dejó caer las cortinas.

—¡Siempre, murmuró con voz sorda, siempre la defiende el Dios protector de la inocencia!

El reló del pueblo dió pausadamente cuatro campanadas: ¡iba á aparecer el alba!

Al abatimiento de Nicanora sucedió una excitación febril. Acercóse intrépidamente al lecho: levantó las sábanas y registró el seno de la joven....

La sorpresa y el terror se dibujaron en su pálido semblante.

—¡No lo tiene! murmuró con desesperación, ¡ya no lo tiene!

Al convulsivo movimiento que hizo para cubrirla de nuevo, Margarita se agitó.

—¡Madre mía! dijo entre sueños.

La anciana permaneció clavada en aquel sitio llena de vergüenza y de terror.

—¡Pobre madre! suspiró otra vez Margarita.

Nicanora quiso huir de aquel nuevo suplicio que la depedazaba el alma, pero tropezó en los pies de la cama, é hizo ruido.

(Se continuará).

ÉCOS DEL MUNDO.

Para conformarse con las leyes del buen gusto, para alcanzar la consideración social, que tanto debe estimar una mujer, es necesario que el mueblaje de su casa, el servicio de su mesa y el número de sus criados esté en armonía con la esplendidez ó modestia de su traje: nada hace más deplorable efecto que el ver á una señora vestida con lujo, y hasta con elegancia, y hallar su casa invadida por la incuria, con muebles rotos, viejos, deteriorados, y sobre todo sucios.

Ese afán de consagrarse por completo á parecer; ese anhelo de vida exterior, tiene algo de triste y árido, y las víctimas de esta deplorable manía me han causado siempre una compasión profunda: vivir para los demás es vivir solo, si en vez de la santa abnegación, es la necia vanidad el motor de nuestra conducta: porque los esfuerzos de la vanidad son á la vez estériles para el que los lleva á cabo y ofensivos para el que los vé.

Uno de los escritores más distinguidos de nuestra época, y cuyos libros honran á Francia, su patria, ha pintado con mano maestra una serie de cuadros que titula *Historia de un naufragio*: se vé en uno de los primeros una mujer, hija de la más alta nobleza y ligada á ella de nuevo por los vínculos de un enlace brillante: esta mujer va, de falta en falta, llegando al último escalón de la infamia, y ya cerca de sumergirse en el fondo de la abyección, vive con una hija suya en el piso cuarto de una casa, donde todas las sillas están rotas, donde los tapetes se hallan manchados de tinta, donde una mesa de pino pintado cojea entre dos balcones sin cortinas; lo que no impide que madre é hija ocupen por las noches en la Opera un palco, vestidas de seda y encajes, y llevando en la mano ramilletes de cincuenta francos.

No se ven por fortuna entre nosotros esos efectos monstruosos de la ruina y de la depravación, que tienen por causa el excesivo amor al lujo y la cobardía para el dolor con que el cielo quiere probar algunas veces las existencias al parecer más dichosas; pero si en nuestro país no abunda el género trágico, en cambio es frecuente el género *cursi*, que promueve la risa en vez de promover el espanto como aquel.

—¡Qué entiende V. por *cursi*?, preguntaba en cierta ocasión un hombre de talento á una señorita amiga suya.

—*Cursi*, respondió la joven, que tenía gran viveza de ingenio, es, á mi ver, el afán de aparentar lo que no se tiene.

Esta definición es tan sencilla como exacta; nadie es *cursi* vistiendo y teniendo su casa arreglada bajo un pie en armonía con sus haberes, y aun estará menos expuesto á serlo arreglando su vida algo más modestamente de lo que sus medios permitan; pero lo es y mucho toda persona que desea igualarse con la clase y fortuna superiores á la suya, de otras personas colocadas más altas en la escala social.

Los encajes falsos, las pedrerías imitadas, los guantes baratos, el calzado de bajo precio y mala hechura, son cosas inadmisibles para las personas de buen gusto: nada importa tener muy escaso número de vestidos, y aun el que estos estén hechos de telas modestas, si el corte y la forma son irreprochables, y si los adornos del traje ganan en buen gusto y calidad lo que pierdan en abundancia; hoy que el lujo ha llegado á ser en nuestra patria enfermedad endémica, no se sobresale por mayor ostentación sino por mayor sencillez.

Los detalles son, pues, dignos de todo nuestro cuidado, y los detalles hablan en favor del buen gusto en inteligencia de una mujer, lo mismo en la disposición de su traje que en la de su casa.

Una de las cosas de más deplorable gusto en las habitaciones modestas son los muebles dorados á no ser que se paguen á un precio exorbitante; para los muebles dorados se reservan las maderas peores y el tallado ó mano de obra menos hábil, pues se cree que el dorado basta para deslumbrar y encubrir todos los defectos de la construcción: lo primero es una verdad: lo segundo no es así, tratándose de ojos inteligentes.

Aparte, pues, de los muebles dorados muy ricos, tallados con un trabajo exquisito; aparte de las mesas al estilo de Luis XIV y Luis XV, de los sillones cuyas telas son de brocado ó de sedas de realce, el mueble dorado debe rehusarse como de *relumbrón*; de muy escasa vida, de muy mal gusto, siendo además muy exigente en todos los demás muebles que le han de hacer compañía en la casa.

La caoba será siempre el lujo de las fortunas modestas, y si la caoba puede ser bien tallada y guarnecida con damasco de buena calidad, puede competir hasta con la suntuosidad mejor entendida y más espléndida.

La madera negra tallada, ó sea la imitación del *palo de rosa*, adorna muy bien asimismo las habitaciones modestas, tapizándolas con reps de buena clase; he visto hace pocos días la sala de recibo ó saloncito de unos nuevos esposos, que alegraba la vista y el corazón: cubría el suelo una estera de paja fina, de su color natural, sin dibujo alguno; la sillería era de madera negra y de elegante forma tallada, guarnecida de reps azul vivo; las cortinas eran de muselina blanca y ligeramente bordada; la mesa con tablero de mármol blanco, y el espejo grande y con alto remate reproducían en el dibujo de su tallado el de la sillería; en el centro de la sala un velador negro también, con mármol, sostenía una bella copa para flores de cristal opaco y de poco precio, pero de la más exquisita forma griega. Toda la casa estaba en armonía con aquel primoroso saloncito; la antesala tenía dos banquetas de gutta-percha granate, cortinas de tela de lana del mismo color delante de la ventana, una mesita de caoba con una elegante canastilla de búcaro encarnado para las tarjetas y un farol de cristal opaco pendiente del techo: el dormitorio estaba tapizado de persa blanca con ramos de rosas; el despacho tenía muebles de nogal sencillos, pero elegantes y severos; guarnecía el gabinete una tapicería gris con reló de bronce con zócalo de jaspé, y cuatro cuadros al pastel, ovalados, con paisajes Wateau; no había una disonancia en aquel precioso nido conyugal, que hablaba de dicha íntima, de feliz medianía y de dulces esperanzas para el porvenir.

Una casa así arreglada no disuena con ninguna posición social, desde la más modesta á la más alta, porque el buen gusto puede ser patrimonio de todas las fortunas.

Hace poco tiempo ha muerto en París ¡de miseria! un príncipe del Asia: hijo del soberano de Lahore, hace cincuenta años abandonó su país natal, perseguido por la cólera de su padre, al que había ofendido gravemente en su honor.

Este pobre príncipe vegetaba tristemente en París, en un barrio solitario: solo hacía cuatro años que había adoptado el traje europeo: inspiraba tal terror al dueño de la casa donde habitaba, que no se atrevía á cobrarle el alquiler del cuarto en que la muerte de hambre.

A la vez que los periódicos franceses nos dan la noticia de la muerte de ese desgraciado, castigado tan rudamente por la justicia celeste, el *Montonian*, periódico de Virginia, habla de un francés que vive como un ermitaño en una gruta, cerca de la población, y que dice ser hijo natural de Napoleon I y de una joven austriaca.

Lámase Luis Selson, y nació el día 2 de Abril de 1810, es decir, después de la batalla de Esling: dice tener pruebas de lo que afirma, y se asegura que es notabilísimo su parecido con el difunto emperador.

¿Cómo este pobre hombre no ha hecho valer sus derechos cuando reinaba Napoleon III?

Misterios son estos imposibles de descifrar, y que tienen su base en los abismos del corazón humano.

Los baños de Francia y Alemania siguen aun muy concurridos, y lo estarán todo el mes de Setiembre. En Trouville sobre todo, hay gran afluencia de aristocracia y hasta de personas reales.

S. M. la reina Isabel II ocupa en el mejor hotel toda la parte anexa á las Rocas Negras.

Se baña á las diez frente á su morada, con sus tres hijas las infantas Doña María del Pilar, Doña Paz y Doña Eulalia, conducidas en un baño carruaje que arrastran dos caballos, y sobre el cual flotan unidas las banderas de Francia y de España.

Por la tarde, á las cuatro, pasean en carruaje descubiertos; las infantas, que son preciosas, visten casi siempre de blanco, con cinturotes anchos, rosa, azules ó escoceses, pero siempre iguales las tres; la comitiva de la reina y de sus hijas se compone de cuarenta personas.

El día 24 visitaron á la duquesa de Toscana, y por la noche fueron la reina y la infanta Doña María del Pilar á casa de la princesa Trubestkoy, bien conocida por su adhesión á la familia real de España; una multitud de jóvenes princesas y de señoritas de la primera nobleza bailó al compás del piano que tocaba el conde de Frichy, austriaco de la más elevada aristocracia.

La reina Isabel piensa pasar en Trouville con sus hijas todo el mes de Setiembre.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

VARIEDADES.

En el periódico *La Musique sacrée*, que se publica en Tolosa, se lee un curioso estudio acerca del origen é historia de las campanas. Entre las noticias que se refieren al peso de estas en varias iglesias, se encuentran las siguientes:

En un principio el peso de las campanas fué escaso; aumentó poco á poco desde el siglo XV hasta nuestros días, que lo han alcanzado enorme.

Citemos algunas poco conocidas entre nosotros.

Carlo Magno hizo fundir muchas campanas; pero según los cálculos más aproximados y probables, su peso no excedió de 400 libras.

El fraile Helgaud, en la *Vida del rey Roberto*, que escribió en 1050, refiere que este monarca concedió cinco campanas á la iglesia de San Aignan de Orleans, una de las cuales, la más gruesa sin duda alguna, pesaba 2.600 libras.

En 1250 Juan de Haribivilliers, de acuerdo con los padres del colegio de Saint-Just-Chausée, hizo fundir una campana cuyo peso era de 4.000 libras.

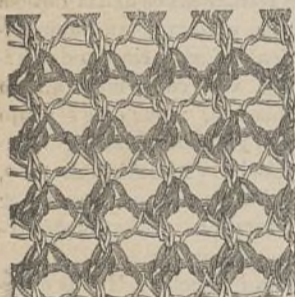
El campanen llamado Manuel, dado á la metrópoli de Paris en 1400 por Gerardo de Monagu, el noventa y cinco obispo de esta ciudad, pesaba 15.000 libras. El capítulo la hizo fundir de nuevo y aumentar en 1680, y no habiendo salido bien la operación, fué fundida de nuevo el año sucesivo. Esta campana se bendijo el 20 de Abril de 1682 por Francisco Harlay de Champvallon, originario del Franco Condado y quinto arzobispo de Paris.

Luis XIV y María Teresa, su esposa, invitados por el capítulo, pusieron á esta el nombre de Manuel Luisa Teresa. Pero no estando de acuerdo con las otras, fué fundida de nuevo y aumentada en 1685. Esta pesa 32.000; su diámetro es de ocho pies, su altura tiene la misma dimensión, su grosor en la orla de los bordes de ocho pulgadas. Tiene un sonido melódico y solemne. Su resonancia reproduce el acorde perfecto. En 1794 se temió que se hiciera uso de esta campana para tocar á rebato, y fué desmontada. Volvióse á colocar en su puesto con motivo de la ceremonia del Concordato, celebrado el día de Pascua de 1802.

La segunda campana de Nuestra Señora de Paris se fundió el 1.º de Octubre de 1472, y pesaba 25.000 libras. En 1702 ocho hombres trabajaron durante 42 días en hacerla pedazos con una máquina.

La campana de Reims, hecha en 1570, que se llama Carlota, por el cardenal Carlos de Lorena, arzobispo de dicha ciudad, pesa 23.000 libras.

La campana del Kremlin, ó palacio fortaleza de Moscow, en Rusia, se fundió en 1713 por Miguel Mutarine. Tiene de altura 21 pies; su diámetro es de 23 y su peso de 492.000 libras.



39. Fondo de punto de aguja para chal, capuchas ó fichús.

SECRETOS ÚTILES.

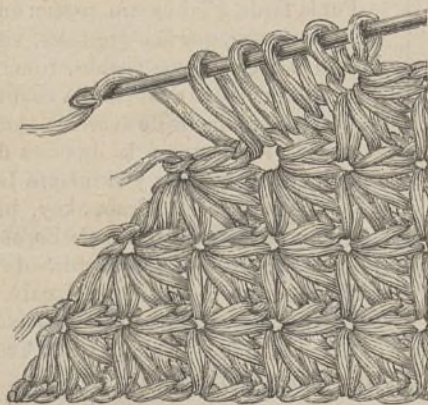
MODO DE HACER QUE EL CALZADO SEA IMPERMEABLE.

Se acerca el tiempo de las lluvias, y las señoras nos agradecerán que les digamos el modo de hacer que sus botas de cuero sean impermeables y queden más sólidas que antes. Para esto, basta hacer derretir sebo en una cacerola, con igual cantidad de resina de pino; cuando todo está mezclado por efecto del calor, pero no en ebullición, se untan con el líquido la suela y todos los bordes de la bota expuestos á mojarse, cuidando de no untar la parte superior, porque esto impediría la transpiración, tan necesaria á la salud. Después se ponen á secar al sol. Se necesitan á lo menos tres capas para que el cuero quede impermeable y resistente.

MODO DE DEVOLVER AL COLOR AZUL SU BRILLO PRIMITIVO.

No hay color que mejor convenga á los trajectos de los niños, y no hay ninguno que mas pronto pierda.

Para obviar á este inconveniente, hay un medio muy sencillo, siempre que la tela sea de lana ó todo seda, y consiste en en-



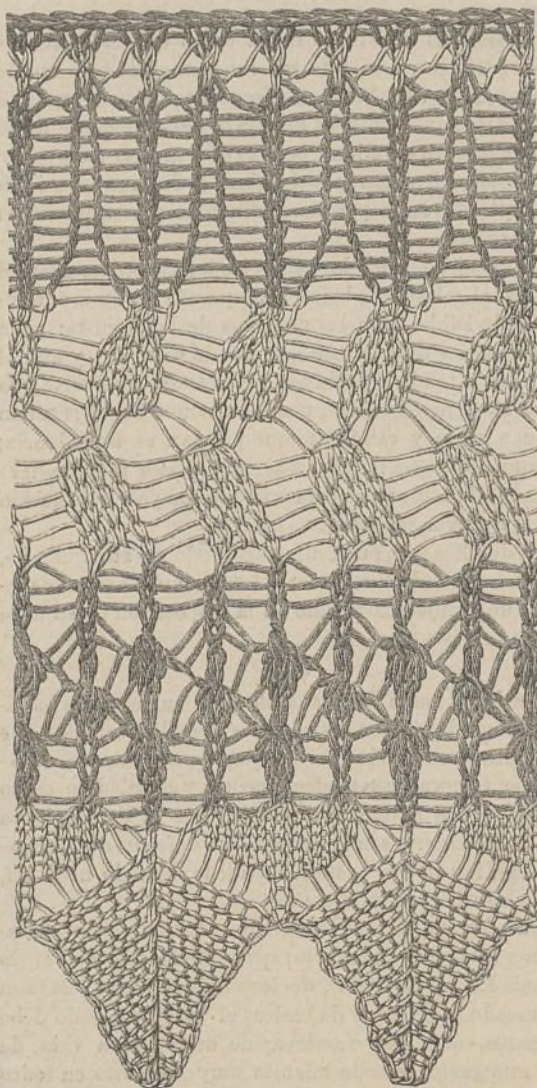
38. Modo de ejecutar el punto de crochet para el grabado 37.



33 y 34. Falda de crochet. (Véase la ejecución grabado 35).



36. Encaje anudado.



41. Puntilla de punto de aguja para colchas.

juagarla con agua tibia mezclada con vinagre: la mitad de cada cosa. El azul vuelve á recobrar su color primitivo como cuando salió de la tienda.

El mismo procedimiento sirve para el color encarnado.

«Yo lo he empleado, me dice la amable señora que me lo indica, para unas medias blancas y azules que ya no tenían color, y he obtenido el más feliz resultado.»

PICATOSTES DE MELCOTON.

Se unta con manteca el fondo de una tartera, se cortan rebanadas de pan lo más anchas posible, y de la longitud de la tartera, colocándolas en su fondo de modo que lo cubran todo. Entonces se toman melocotones muy maduros, se abren por la mitad, se mete en cada mitad azúcar fina y un pedazo de manteca fresca, y se colocan sobre el pan de modo que la parte interior quede arriba y descubierta.

Se pone la tartera á fuego lento, cubriéndola con el horno de campana, y con más fuego arriba que abajo, renovándolo siempre que sea necesario. Mientras cuecen los melocotones se espolvorean muchas veces con azúcar por ser una fruta muy ácida, y cocidos ya se sirven calientes en una fuente, puestos del modo que estaban en la tartera, rociándolos antes con el jugo que queda en el fondo de la misma.

Por igual procedimiento se hacen picatostes de ciruelas claudias y otras frutas.

EXPLICACION

del

Figurin 1184.

FIG. 1.ª — *Traje de desposada*. — El vestido, de forma princesa, está ajustado por delante poco más ó menos hasta la rodilla, hasta cuya altura los paños van cubiertos de volantes plegados de muselina, seda ó encaje. El vuelo de los paños de atrás empieza más arriba; primero están fruncidos ó bullonados, y luego terminan con un plegado ruso. Tres

echarpes, de las cuales la una parte de los costadillos, la otra de la cintura por delante y la tercera de la mitad del delantero, se entrelazan y se anudan por detrás. Bajo unas escarapelas muy fornidas: ramas de flores de azahar ocultan la pegadura de las tres echarpes. Mangas ajustadas hasta el codo terminadas por un ancho volante. Fichú Lambale plagado y anudado por delante; flores de azahar en el peinado y velo largo.

FIG. 2.ª — *Traje para la madre de la desposada*. — Le enriquecen anchos volantes de encaje, que pueden ser negros ó blancos, según se quiera que sea más elegante. El vestido es de faya royal. Una quilla de anchos bullonados, separados por jaretas, descierde á ambos lados hasta un rizado ancho que sirve de cabeza al volante de encaje. Debemos advertir, que para que estos volantes de encaje sienten bien, es preciso ponerlos sobre un volante de tal de armar.

Manteleta-eharpe guarnecida de encaje, negra ó de la misma tela del vestido, con volantes plegados. El cuerpo, de aldetas, va también guarnecido con encajes.

Sombrero blanco con bridas blancas, adornado con plumas rizadas del mismo color que el vestido y una rosa maíz.

Para que estos vestidos sientan bien, recordamos otra vez á nuestras lectoras la excelente fábrica de corsés de madame Grande, calle de Espoz y Mina, núm. 11.

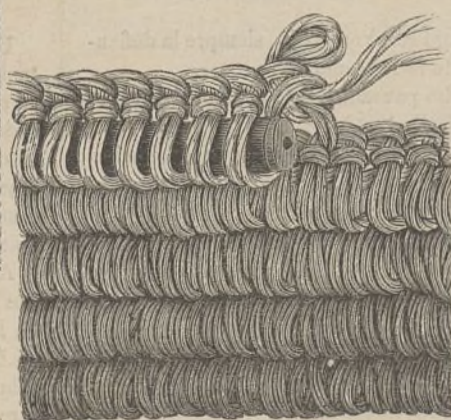
OBRAS DE DOÑA ÁNGELA GRASSI.

Las riquezas del alma, novela de costumbres, premiada por la Academia Española, 2 tomos, á 4 reales tomo.

Los que no siembran no cogen, novela de costumbres, un tomo, 5 rs.

La gota de agua, obra premiada por aclamación en el concurso abierto para optar al premio Rodríguez Cao, un tomo, 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

Agotada la edición de *El bálsamo de las penas*, se está haciendo la 2.ª edición.



35. Encaje para la manteleta grabados 33 y 34.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-proprietario: Carlos Grassi.